

Nigel Biggar es Regius Professor de Teología Moral y Pastoral en la Universidad de Oxford, miembro del Comité de Ética Médica del Real Colegio de Médicos británico y autor, entre otras obras, de *Aiming to Kill: The Ethics of Suicide and Euthanasia*. El presente artículo fue publicado originalmente en la revista *Standpoint*, julio/agosto 2010.

## ¿Para qué sirven las universidades?

Nigel Biggar

En 1948 Andrei Zhdanov, responsable cultural de Stalin, inició con estas palabras su discurso ante el Congreso de Compositores reunido en Moscú:

Camaradas músicos: permitidme una observaciones introductorias sobre el papel del artista creativo en la sociedad. En Occidente, el artista es un mero ornato, víctima de las fuerzas del mercado. Puede triunfar, o hundirse, según los caprichos de una reducida elite intelectual. Que viva o se muera de hambre depende de si está de moda o no. La libertad es una lucha por la supervivencia. Nosotros, en cambio, valoramos al artista. Reconocemos el regalo que supone. Como la ciencia –como la tecnología–, la poesía y el arte son esenciales para la humanidad. Nuestras instituciones, por consiguiente, otorgan al artista el estatus debido. En nuestra sociedad el artista goza del lugar que le corresponde. Pero ese estatus lleva aparejada una responsabilidad. En Occidente, sí, el artista puede entregarse a abstracciones, al nihilismo sentimental, al sin sentido. Nosotros, el Pueblo, os pedimos que nos conmováis, que lleguéis a nosotros, que vuestras creaciones tengan sentido para nosotros. En una palabra, que habléis. ¿Estamos en nuestra música soviética ante los inicios de un fracaso en cuanto a esto, a hablar?

Allá abajo, entre el auditorio, se encontraba Dimitri Soshtakovich, que estaba a punto de ser denunciado por los «graznidos absurdos» de su Novena Sinfonía. Soshtakovich se inclinó hacia su vecino de asiento y murmuró: «El problema con Zhdanov es que suele tener razón».

Bueno, digamos que razón a medias: es verdad que el artista tiene una responsabilidad pública, pero no lo es que el artista responsable tenga que ser siempre armonioso y positivo.

Al igual que Zhdanov, los gobiernos occidentales de hoy tienen también razón a medias. Llevan razón en que las universidades tienen una responsabilidad pública, pero no en que esa responsabilidad se haya de cifrar casi exclusivamente en la rentabilidad económica. Realmente, con su concepción no tan estrecha, sino más amplia e incluyente, de la responsabilidad pública, el camarada Zhdanov –aun cuando *sólo* en este punto– era más clarividente que nuestros gobernantes actuales.

La primera vez que tuve ocasión de manifestarme acerca de la función de la universidad fue unos cinco años atrás, cuando era profesor en el Trinity College de Dublín. Se me había pedido que pronunciara un sermón en la capilla del College en un servicio con motivo del inicio del curso académico de 2004. Pocos meses antes la universidad se había plegado a las presiones del gobierno y se había embarcado en una completa reorganización en dirección a un modelo supuestamente eficaz de estructura empresarial. Lo había hecho con la vana esperanza de apaciguar a sus amos políticos y lograr la reversión del recorte del 18% de la financiación que se le había impuesto de golpe. (Y eso pasaba cuando el Tigre Celta aún estaba en sus mejores momentos, o eso se pensaba).

Poco después la OCDE hizo público un informe sobre la educación superior en Irlanda. Conociendo a la OCDE y dado que el informe se había hecho a instancias del gobierno irlan-

dés, sus recomendaciones difícilmente podían sorprender: las universidades sirven a una estrategia económica nacional, deben trabajar con más ahínco en la explotación comercial de la investigación científica y tecnológica, y deben educar a sus estudiantes en las habilidades intelectuales y sociales apropiadas para responder a las necesidades y oportunidades del mercado laboral.

En este contexto dediqué mi sermón de octubre a reflexionar sobre la finalidad y el propósito de las universidades. Cuando llegó el momento de ponerme manos a la obra fui consciente de que seguramente iba a esperarse de mí –como miembro de la Facultad de Artes y Humanidades, como teórico de la ética y como clérigo– que me pusiera lírico en la queja frente al materialismo y el filisteísmo del gobierno. Pero resolví no ajustarme al estereotipo. Decidí distanciarme de todo lo que oliese a esnobismo y a torre de marfil. Al fin y al cabo, hacía muy poco que Irlanda había salido de décadas de pobreza relativa y humillante. Los irlandeses saben mejor que muchos occidentales que la pobreza, sea o no buena para el alma, no tiene absolutamente ninguna gracia. Sin la riqueza que aporta el éxito económico, muchísimas cosas buenas y valiosas simplemente no se pueden conseguir.

Así que no, no pensaba entonces –ni pienso ahora– que sea inapropiado que el gobierno exija a las universidades que sirvan fines económicos y que preparen a sus estudiantes para el mercado de trabajo, esto es, para el trabajo no académico que la inmensa mayoría de ellos llevarán a cabo casi siempre durante el resto de sus vidas. Pienso, en efecto, que el interés o la sensibilidad en materia económica forma parte también de la responsabilidad pública de las universidades.

No deberíamos idealizar o dar una imagen excesivamente moralista de las universidades. Desde sus comienzos medievales han servido a objetivos privados y a objetivos públicos de índole práctica igual que al puro *amor scientiae*. Por ejemplo, la fundación de la Universidad de Bolonia, que mantiene la dudosa pretensión de ser la más antigua en funcionamiento ininterrumpido del mundo, obedeció a la demanda del mercado. Empezó con estudiantes ambiciosos que designaban profesores y controlaban su rendimiento mediante multas disuasorias, en prevención de las cuales los desventurados docentes debían proveer un depósito. La idea de que la enseñanza universitaria debe orientarse al consumidor, como vemos, no es nueva en absoluto.

Por otra parte, el derecho –en el que tanto los individuos privados como las instituciones públicas tienen fuertes intereses– ocupaba un lugar prominente, como bien sabemos, entre las disciplinas universitarias clásicas, originales. Antaño como hogaño, la gente quiere hacer carrera. Como dijo Pierre de Blois, el poeta del siglo XII, antiguo estudiante de leyes y futuro miembro de la corte real: «Hay dos cosas que impulsan con fuerza a los individuos al estudio de la jurisprudencia: una es el ansia de cargos y la otra la vana pasión de la fama». No hay duda de que la ambición personal puede verse distorsionada por una sed excesiva de estatus y relumbrón. Pero en sí mismo no tiene nada de malo que los individuos busquen un papel social en el que puedan ejercer sus talentos, y este deseo natural, surgido de abajo, fue indudablemente una de las fuentes inspiradoras de la fundación de las primeras universidades.

Pero entonces como ahora había también una inspiración que venía de arriba. Los papas y los obispos necesitaban pastores instruidos y ellos mismos y los reyes necesita-

ban administradores y juristas expertos capaces de desplegar y hacer funcionar sistemas de alcance nacional. Es en cierto modo enigmático que una ciudad-mercado provincial y de segundo orden como Oxford fuese el lugar donde se estableció una universidad en el siglo XII. Una respuesta podría ser que en la década de 1180 Oxford se había convertido en sede de la administración real y de los tribunales eclesiásticos. Las universidades han desempeñado un papel público desde sus inicios y han seguido haciéndolo. Desde el siglo XIX los profesores universitarios han sido en muchos países de Europa miembros de los cuerpos funcionariales. En las universidades zaristas, los estudiantes se ataviaron, después de 1848, con uniformes cuasi-militares.

Las universidades, así pues, no han sido nunca simplemente hijas del amor desinteresado al conocimiento por el conocimiento mismo. Siempre han sido parcialmente impulsadas por preocupaciones de orden práctico, ya fuera de individuos privados o de quienes ostentaban alguna responsabilidad pública. Pero las preocupaciones prácticas no tienen por qué ser estrechas y groseras o intelectualmente poco exigentes. La ley es una institución social de suma importancia que, según los teólogos, refleja la constitución del cosmos y de su desempeño práctico dependen importantes beneficios humanos como la paz social, el apoyo a la virtud pública y privada y la justicia. La práctica de la medicina, por supuesto, sirve al bien de la salud física. Y la práctica de la teología sirve al bien de la salud espiritual y moral. Así que ya tenemos tres de las cuatro facultades de una universidad medieval típica –teología, leyes y medicina–, todas las cuales se dedicaban a instruir a los estudiantes en los principios de una práctica destinada a servir al bienestar humano. (Si es el caso que se pregunta por la cuarta facultad, la de artes, diremos que su finalidad era desarrollar las aptitudes verbales, lógicas y matemáticas –y posteriormente filosóficas en general– básicas necesarias para el estudio en las otras facultades, las superiores.)

Así, nuestras primeras universidades respondían en buena medida al estímulo derivado de determinadas preocupaciones de orden práctico relacionadas con algunos bienes humanos y públicos. Pero con la única excepción de la medicina tendían a apartarse resueltamente de los propósitos técnicos o, como se decía, «mecánicos». Ninguna universidad medieval contó nunca con una facultad de arquitectura o de agricultura. ¿Por qué? Supongo que esto reflejaba la infección de la cristiandad medieval por el desdén aristotélico hacia las artes serviles, las habilidades meramente técnicas que debían ejercer los esclavos y no los ciudadanos. Digo «infección» porque la matriz judía básica del cristianismo y sus propios orígenes sociales humildes debían haberlo inmunizado frente a esta altivez de clase. Compárese la actitud de Aristóteles con lo que dice este pasaje de los libros sapienciales de las Escrituras Cristianas: «[El obrero y el artesano, el herrero y el alfarero:] todos ellos confían en sus propias manos y cada uno se muestra sabio en su oficio. Sin ellos no se levantaría ninguna ciudad, nadie la habitaría ni circularía por ella. Pero no se los buscará para el consejo del pueblo ni tendrán preeminencia en la asamblea. No se sentarán en el tribunal del juez ni estarán versados en los decretos de la Alianza. No harán brillar la instrucción ni el derecho, ni se los encontrará entre los autores de proverbios. *Sin embargo, ellos afianzan la creación eterna...*» [Eclesiastés 38. 35-39 a]. Salvo en el caso de los médicos, la universidad medieval parece que olvidó esta pieza de la sabiduría bíblica. Sólo en el periodo moderno posterior a la Reforma, luteranizado, empezaron las discipli-

nas técnicas a hallar el debido acomodo en la enseñanza superior. De esta manera, a mediados del siglo XIX las ciudades industrializadas del norte de Inglaterra empezaron a instituir centros universitarios que mantenían vínculos estrechos con las industrias locales. Por ejemplo, la Universidad de Leeds orientó fuertemente la investigación y la formación según las necesidades de la industria textil, hasta que ésta fue laminada en la década de 1980. Incluso una universidad con una impecable raigambre medieval como la de Glasgow tuvo a bien aceptar en 1889 la dotación de una cátedra de construcción naval (o «arquitectura naval», que es el título que se le dio).

Las universidades no han sido nunca simplemente torres de marfil. Nunca han buscado simplemente el conocimiento por el conocimiento mismo. Y no tienen que pedir perdón por ello. De hecho, yo mismo albergo mis dudas en cuanto a la maniobra académica, típicamente defensiva, que consiste en enfatizar el valor intrínseco del conocimiento. No es que dude del valor intrínseco de conocer la verdad. Al fin y al cabo, la imagen de personas que pierden el sueño, que no comen e incluso que arriesgan la vida en la búsqueda o en defensa de la verdad, nos es perfectamente familiar. Pero desde luego algunas verdades son menos valiosas que otras. Por ejemplo, hay una verdad relativa al número exacto de veces que se repite el apellido Biggar en la guía de teléfonos de Birmingham, pero ni siquiera a mí me interesa gran cosa este extremo. Es una verdad, cierto, pero no tiene ningún interés. Estoy con el camarada Zhdanov en este aspecto: al igual que del artista también del académico debe esperarse alguna información relativa a por qué es de interés aquello que hace, por qué importa, por qué *habla* más allá del ámbito estricto de sus quimeras privadas.

La información acerca de tal vinculación no es difícil para el científico natural, dada la estrecha relación que existe entre las ciencias experimentales y bienes tan apreciados como la salud física o la tecnología para salvar vidas, aportar seguridad o mejorar sus condiciones. Tampoco presenta gran dificultad para las ciencias sociales y humanas, dada la relación directa entre sus disciplinas y la salud psicológica de los individuos y la salud colectiva de las sociedades.

Harto más difícil, sin embargo, es explicar la importancia y el interés de las artes y las humanidades. Entre las tesis doctorales que se leyeron en Oxford en 2009 había una sobre la función y el estatus de la pintura de paisaje en la Roma de finales del siglo XVI y del XVII, otra sobre la historiografía mameluca de los fatímidas y otra cuyo título era «Flirteando con la fama: Byron y sus lectoras». No cabe duda de que estos temas fascinan a aquellos cuyo hobby consiste en estudiarlos, pero ¿por qué exactamente deberían interesar a alguien más? ¿Y por qué debería gastarse dinero público en tales estudios y no, pongamos por caso, en más helicópteros para nuestras tropas en Afganistán, sometidas a tanta presión? Si es que hay una respuesta clara y rotunda, desde luego no está en la mano, como lo demuestra las dificultades que tuvo para darla el Consejo de Investigación en Artes y Humanidades ante la «agenda de impacto» abiertamente utilitaria diseñada por el último gobierno de Gordon Brown.

Esta falta de respuestas claras y rotundas es una de las razones que explican que seis años atrás el entonces secretario de Estado de Educación, Charles Clarke –él mismo un titulado en matemáticas y economía– opinase sin arredrarse que la financiación pública debería apoyar exclusivamente temáticas académicas «de clara utilidad». Según *The Guar-*

*dian* dijo: «No me parece mal que haya por ahí algunos medievalistas decorativos, pero no veo ninguna razón para que el Estado los financie.» (Él negó luego haber dicho eso.) Es también la razón por la que la transferencia, en junio de 2009, por parte de lord Mandelson de las competencias sobre universidades a un nuevo Departamento de Empresa, Innovación y Capacitaciones no provocó ninguna algarada pública. Y es asimismo la explicación de por qué el programa del nuevo gobierno de coalición –pese a que David Willetts, el nuevo ministro de Ciencia y Universidades, ha denunciado públicamente la visión «crudamente» utilitarista de la enseñanza superior, ensalzando su importancia social y cívica– sólo menciona a las universidades en conexión con el propósito de «construir una economía potente e innovadora» y de fomentar vínculos más fuertes con la industria.

Pedir a un académico del campo de la historia, la literatura o la teología que explique que la *importancia* de su disciplina es una cosa, pedirle que demuestre su *utilidad* es otra muy distinta. La idea de la «utilidad» connota una visión mezquina, materialista, utilitarista, de los bienes humanos, que está profundamente arraigada en la mentalidad anglosajona. En el inglés coloquial contemporáneo, cuando hablamos de «bienes» nos referimos a lavadoras, sofás, coches y televisores de plasma. Sin embargo, hasta la época moderna la palabra «bienes» comprendía cosas como la belleza, la justicia, la amistad y la comunión con Dios, significados que actualmente sobreviven entre nosotros tan sólo en los departamentos universitarios de teología moral y (en la medida que sigan a Aristóteles más que a Bentham o a J. S. Mill) de filosofía moral. Comparada con esta visión colorida y dignificadora del florecer humano, nuestra idea utilitaria moderna es realmente escuálida, anémica y degradante. La visión protestante secular se inserta también en otros vocablos del inglés actual. Tomemos por ejemplo *otium*, el sustantivo latino con el que los medievales solían referirse positivamente a la libertad para reflexionar y admirar. Pues bien, ha derivado en el desdeñoso adjetivo «ocioso», que viene a significar «desocupado», «perezoso», «estéril». Y el término medieval que designaba el curso universitario básico de artes liberales y racionales que formaban en la tarea de pensar, escribir y persuadir –*trivium*– nos ha llegado como «trivial». (Me gustaría mucho ser capaz de convertir este tanto etimológico en un *hat-trick* dando a conocer mi descubrimiento de que el término que designaba la otra mitad del curso medieval de artes liberales –el *quadrivium*– nos ha dado el vocablo «drivel» [postear]. Lamentablemente, el *Oxford English Dictionary* no da margen para sostener tal especulación.)

En las culturas anglosajonas modernas, tan duras y utilitaristas, es muy difícil que se reconozca valor serio a nada que no pueda ser cuantificado. Eso no es exactamente así en otros países occidentales. En Irlanda, al menos desde finales del siglo XIX, la identidad nacional se ha definido a propósito y en contra del utilitarismo inflexible y groseramente materialista del imperio británico como motor de globalización. (Quien haya leído la penetrante y encantadora novela sobre Henry James, *The Master*, publicada hace pocos años por uno de los escritores irlandeses actuales más destacados, Colm Tóibín, sabrá que atribuye opiniones muy similares sobre la Gran Bretaña eduardiana a William James, un post-puritano de Nueva Inglaterra.) Una de las manifestaciones concretas de carácter público más extraordinarias de esta resistencia irlandesa al crudo materialismo anglosajón es el hecho de que hasta hoy mismo, en Irlanda, si alguien consigue registrarse como «artista» queda exento de pagar el impuesto sobre la renta. (Lo que tal vez contribuya a explicar



otro fenómeno curioso: que una de cada dos personas con las que me traté cuando enseñaba en el Trinity College de Dublín parecía que escribía y publicaba poesía.) Irlanda, así pues, aporta alguna esperanza en lo tocante a que, incluso en este momento y en esta época, una sociedad nacional puede reconocer *públicamente* bienes humanos y sociales que están más allá de la cuantificación.

Así pues, si resulta difícil en una cultura fuertemente utilitarista como la nuestra defender como es debido la actividad académica que no importa mucho *económicamente*, sin embargo forma parte de la vocación moral de los «profesores» universitarios (en el sentido amplio de académicos profesionales en general) de arte y humanidades hacer precisamente eso.

Su papel profético de hoy mismo consiste en recordar y argumentar la bondad, más allá de lo económico, de estudiar cuestiones relacionadas con la historia y la literatura, las religiones y las culturas, las teologías y las filosofías, la música y el arte dramático. ¿Por qué estas materias no son simplemente adornos triviales y ociosos? ¿Por qué no son recreaciones inmoderadas y consentidas que exprimen al erario público? ¿Por qué son importantes para el desarrollo humano y social?

He aquí las preguntas. ¿Cuáles son las respuestas? Esbozaré dos líneas de razonamiento. La primera es que uno de los regalos valiosos que nos procuran las artes y las humanidades es que nos introducen en mundos ajenos: mundos que se han hecho ajenos por el paso del tiempo, mundos actuales estructurados por el prisma peculiar de idiomas desconocidos, mundos ajenos a nosotros por su organización y maneras sociales, por sus convicciones religiosas y filosóficas.

La introducción a estos mundos ajenos aporta un beneficio sustancial: el de la distancia respecto de nuestro propio mundo y, por tanto, la libertad de formular cuestiones acerca de éste que de otra forma nunca habríamos ni siquiera concebido. En los mundos ajenos del pasado y del presente se observan, se estiman y se hacen las cosas de otra manera. Y al reflexionar sobre esta diferencia bien puede sucedernos de vez en cuando que observemos, estimemos y hagamos las cosas *mejor*. Así, una contribución magnífica de las artes y las humanidades es que proporcionan un discurso público que lleva consigo los recursos críticos necesarios para la comprensión de mundos ajenos, recursos vitales para la renovación social, cultural y moral. Y esta renovación merece una atención cuanto menos pareja a la innovación científica y tecnológica.

Esta es mi primera reflexión. La segunda es la siguiente. Las artes y las humanidades no sólo nos acercan a mundos ajenos, sino que además nos enseñan a abordarlos de manera apropiada. Nos enseñan a leer textos extraños e intratables con paciencia y cuidado, a aproximarnos a ideas y prácticas lejanas a las nuestras con humildad, respeto y compasión, a indagar en esos mundos ajenos antes de ponernos –como debemos– a juzgarlos. Nos entrenan en la práctica del diálogo honesto, que respeta al «Otro» como un profeta potencial, alguien que puede decir todavía cosas nuevas acerca de lo que es verdadero y bueno y bello.

El compromiso con la verdad y la humildad, la disposición a aprender, a ser pacientes, atentos y compasivos son virtudes morales que informan la disciplina intelectual en la que las artes y las humanidades forman a sus estudiantes. Y son virtudes morales, por cierto, de las que no va precisamente sobrado el debate público, sea en los medios de

comunicación o en el Parlamento. Sin ellas, este país (y otros) podría llegar a convertirse en una «economía del conocimiento», pero nunca sería una «sociedad del saber».

Las decisiones públicas que, imprudentes, son poco cuidadosas con la verdad, arrogantes, que no se explican, y que amén de impacientes no son compasivas, serán *malas* decisiones, de aquellas que causan daño innecesario a las instituciones de verdad y a los individuos de carne y hueso.

Lo que pretendo decir, así pues, es que además de dar a individuos con talento la oportunidad de aumentar su bagaje y hallar un papel social para desplegarlo, además de producir candidatos cualificados para ocupar puestos en el entramado jurídico o en la administración pública, además de formar a la fuerza de trabajo para insertarse en una economía de alta tecnología orientada a los servicios, además de generar conocimiento científico con aplicaciones tecnológicas o comerciales, las universidades existen para formar a individuos y ciudadanos en determinadas virtudes: virtudes que no son solo intelectuales, sino también sociales y políticas.

Históricamente Oxford y Cambridge –con su legado medieval de pequeñas comunidades de *colleges* y sus capillas y con su sistema de tutorías– han tenido claro que, propiamente, la educación no consiste sin más en la comunicación de información o de ideas a través de la docencia, ni en el aprendizaje técnico y ya está, sino más bien en la influencia moralmente formativa del tutor sobre el estudiante.

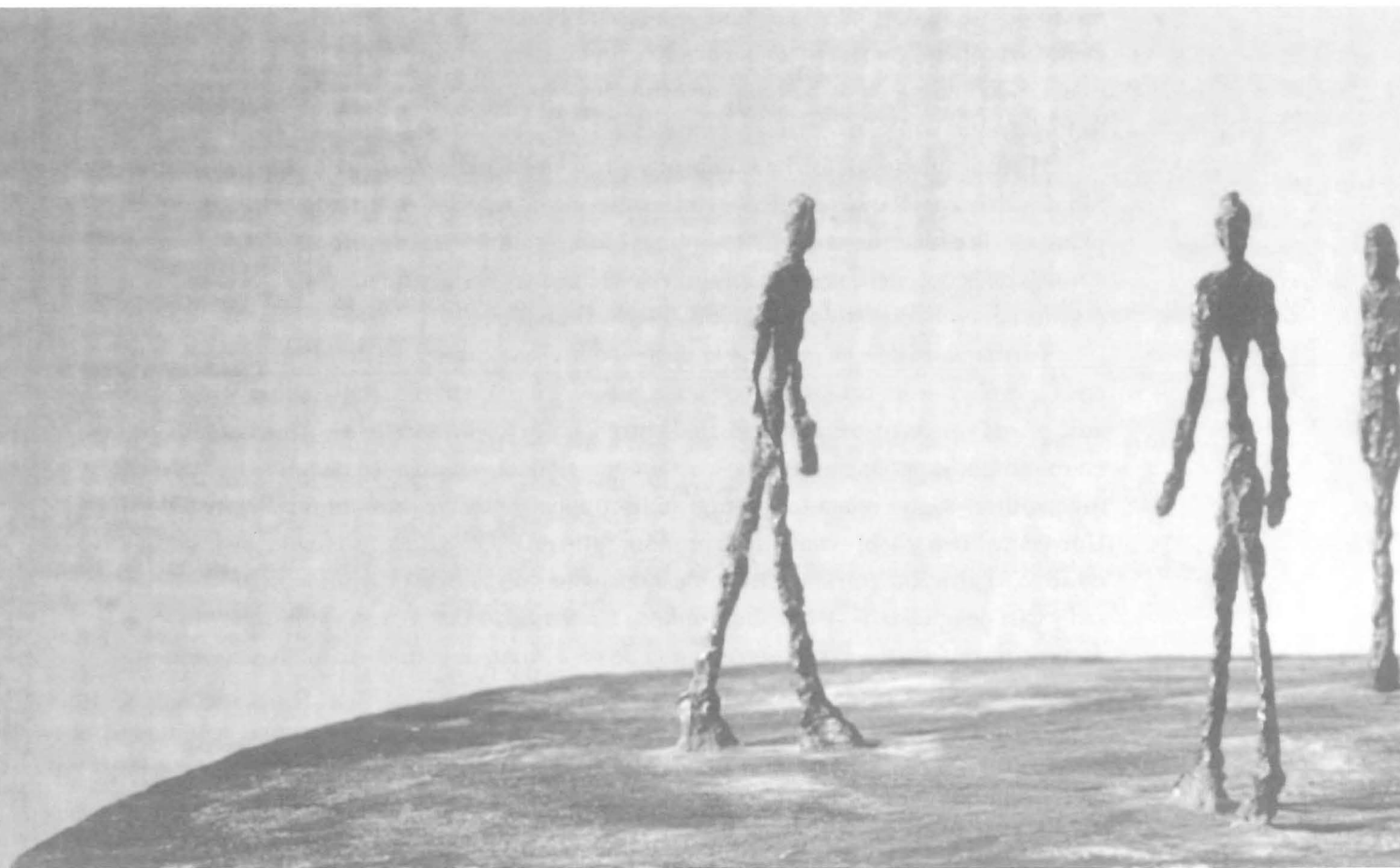
Forma parte de este enfoque la idea de que dicho influencia deriva de una relación en la que el profesor actúa como guía sin que necesariamente sea paternalista y que, más aún, puede convertirse en una amistad entre iguales (como sucede no infrecuentemente en mi propia experiencia). Tal fue ciertamente el ideal y la práctica de John Henry Newman, quien –según relata Ian Ker en su libro *John Henry Newman: A Biography* (Oxford University Press, 1988)– cuando era profesor tutor en el Oriel College a finales de la década de 1820, «cultivaba [con sus estudiantes] relaciones no solo de proximidad, sino de amistad y casi de igualdad». Y cuando fundó su Universidad Católica en Dublín, Newman se aseguró de que los tutores diesen ejemplo de «esa unión de influencia intelectual y moral cuya disolución es el mal de nuestra época».

Y bien, la disolución de ese vínculo, la separación entre una y otra, es más acentuada aún en nuestra propia época. En el *Zeitgeist* de hoy, dominado por una variedad libertaria, atomística, del liberalismo, la idea de que todo individuo tiene responsabilidad en la formación moral de los otros –y especialmente un adulto en la de un joven que no es su propio hijo– no solo es poco plausible, sino directamente sospechosa. La verdad es que si les dijese a mis colegas académicos que tienen responsabilidad en la formación moral de sus estudiantes, me temo que la mayoría me mirarían indignados ante tamaña muestra de insufrible paternalismo victoriano. Y sin embargo, si la educación universitaria –especialmente en el campo de las artes y las humanidades– no tiene nada que ver con acrecentar determinadas virtudes intelectuales y morales, si fuera así, resultaría bastante complicado concluir que el estudio de la pintura de paisaje o de la historia del Norte de África en la época medieval o de la recepción de Byron por el público femenino es algo más que un pasatiempo privado y más bien frívolo.

El camarada Zhdanov tenía razón. Si no tienen una vocación moral, las artes y las humanidades están condenadas a degradarse, sometiéndose a las manías de intelectuales

caprichosos o tratando de justificar la inversión pública en razón de su aportación a la industria turística o a la del entretenimiento. Confío en que esta siniestra perspectiva nos resultará repelente. Pero si nos repele, también debería movernos a mirar alrededor y plantearnos una aguda cuestión acerca de nosotros mismos y de la cultura que permitimos que prevalezca en nuestro entorno: cómo hemos llegado a ser el tipo de personas que, ante la afirmación de que los profesores universitarios tienen responsabilidad en la formación moral de sus estudiantes, normalmente replicarían: «¿acaso soy yo el guardián moral de mi hermano?». ■

□ Traducción de Jaume Soler



Alberto Giacometti.  
*La Plaza*. Bronce producido entre  
1948 y 1949.